

III

El ratón y la rata

El carruaje se detuvo en el arrabal de San Antonio al frente de una casa oculta por una tapia sumamente alta, detrás de la cual se elevaban infinidad de álamos, como si éstos se hubieran plantado para esconder el edificio aun á la pared misma.

— ¡ Toma! dijo el regente, en este sitio me parece que se halla la casita de Nocé.

— Justamente; monseñor tiene muy buena memoria; yo la he pedido prestada para esta noche.

— Pero, ¿ lo has preparado todo bien? ¿ será la cena digna de un príncipe de la sangre?

— Yo mismo me he encargado de ello. ¡ Oh! al príncipe Luis nada le faltará; se halla servido por los lacayos de su padre, tratado perfectamente por el cocinero del mismo, y por último hace el amor á la....

— ¿ A quién?.....

— Ya lo veréis; ¡ caramba! es necesario que tenga el mérito de la sorpresa.

— ¿ Y los vinos?

— Son de vuestra bodega, monseñor; por lo tanto espero que siendo de la familia no permitirán que se desmienta el linaje, á pesar de hacer algún tiempo que así sucede.

— ¡ Pues qué! ¿ tanto te ha costado el que yo no lo haya desmentido, corruptor infame?

— Yo soy elocuente, monseñor; pero es preciso confesar que vos sois en extremo cariñoso. Vaya, entremos.

— ¡ Cómo! ¿ tienes por ventura la llave?

— ¡ No faltaba más! En seguida Dubois sacó del bolsillo una llave, que introdujo con mucho cuidado en la cerradura; la puerta giró sin ruido sobre sus goznes, volviendo á cerrarse detrás del duque y de su ministro, sin rechinar en lo más mínimo; era una verdadera puerta de esas que comprenden su obligación al ver los personajes que la dispensan el honor de atravesar su umbral.

Distinguianse al través de las persianas cerradas algunos reflejos de luz, y los lacayos que se hallaban de centinela en el vestíbulo anunciaron á los ilustres huéspedes que el festín ya se había empezado.

— Triunfas, abate, dijo el regente.

— Coloquémonos pronto, monseñor, respondió Dubois; confieso que tengo grandes deseos de ver cómo se porta el príncipe Luis.

— Y yo también, repuso el regente.

— Entonces, seguidme sin pronunciar una sola palabra.

El regente siguió silenciosamente á Dubois hacia un gabinete que por medio de una grande abertura en forma de arco se comunicaba con el comedor ; dicha abertura estaba cubierta de flores, á través de cuyos tallos y ramaje se podia ver y oír perfectamente á los corvidados.

— ¡ Hola, hola ! exclamó el duque reconociendo el gabinete ; estoy viendo que me encuentro en país conocido.

— Más de lo que pensáis, monseñor ; pero tened presente que sea lo que quiera lo que veáis ú oigáis, es indispensable guardar silencio, ó por lo menos hablar muy bajo.

— No tengas cuidado ; puedes estar tranquilo.

Después de esto, ambos se acercaron á la abertura que daba á la sala del festín, se pusieron de rodillas sobre un sofá y separaron con cautela las flores para que no se les escapase nada de lo que iba á pasar.

El hijo del regente, que apenas contaba quince años y medio, se hallaba sentado en un sitial enfrente justamente de su padre ; al otro lado de la mesa, volviendo la espalda á los dos observadores, estaba el caballero de M^{***} ; y por último dos damas, cuyos trajes eran más deslumbrantes que modestos y recatados, completaban la partida que

Dubois había prometido al duque de Orleans ; veíase á la una sentada junto al joven príncipe, y la otra al lado del caballero de M^{***}.

El señor del festín, que no bebía, peroraba ; la dama, su vecina, fruncía el ceño, y de vez en cuando bostezaba.

— ¡ Por vida mía ! exclamó el duque, que era miope, tratando de reconocer á la dama colocada delante de él ; ¡ pareceme que conozco aquella cara ! Dicho lo cual, miró más atentamente, mientras que Dubois dejaba escapar una sonrisa bajo el embozo de su capa.

— Veamos pues, continuó el regente ; una mujer morena con ojos azules.

— Una mujer morena con ojos azules, repitió Dubois : adelante, monseñor.

— Con un talle encantador y unas manos delicadas.

— Muy bien.

— Una boca diminuta y labios sonrosados.

— ¿ Y qué más ?

— Pero, ¡ diablo ! ¡ qué es lo que veo ! ¡ la Souris (1) !

— Cabalmente.

— ¡ Cómo, malvado, con que á propósito has ido á escoger á la Souris !

(1) *Souris* significa en español ratón ó rata ; mas aquí se toma en la última acepción para la mejor inteligencia del epigrafe de este capítulo.

— Una de las niñas más hechiceras, monseñor; una bailarina del teatro de la Ópera, la cual he calculado que sería la más conveniente para despabilar á un joven.

— ¿Era esta pues la sorpresa que me preparabas, cuando me has dicho que el príncipe Luis iba á ser servido por los lacayos de su padre, que bebería los vinos del mismo, y que haría el amor á la?...

— Á la querida de su padre; sí, monseñor; esto era justamente.

— Pero, ¡ infame ! exclamó el duque, ¿ no consideras que casi le has hecho cometer un incesto?

— ¡ Bah! replicó Dubois, ya que uno ha tratado de lanzarlo...

— ¿ Y la bribona ha aceptado?

— Es su oficio, monseñor.

— ¿ Y con quién cree estar cenando?

— Con un hidalgo de provincia, que viene á comerse la legítima á París.

— ¿ Quién es la otra compañera?

— Lo ignoro, el caballero de M*** se encargó de traerla.

En este momento la dama que se hallaba sentada junto al caballero, creyendo oír cuchichear á sus espaldas, se volvió á mirar hacia el sitio que ocupaban los dos curiosos.

— ¡ Diablo! exclamó Dubois también á su vez,

sumamente atónito; ¡ tampoco yo me engaño!

— ¿ Cómo?

— La otra dama...

— ¡ Qué!...

La linda convidada se volvió de nuevo.

— ¡ Es Julia! replicó Dubois. ¡ Desgraciada!

— ¡ Oh, oh! ¡ magnífico! exclamó el duque; he aquí el espectáculo completo, esto es, tu querida y la mía. Te aseguro bajo palabra de honor, que daría cualquier cosa por poderme reír á gusto.

— Esperad, monseñor, esperad.

— ¡ Cómo! ¿ estás en tu juicio? ¿ Qué diablura vas á hacer, Dubois? Mando que te estés quieto. Tengo curiosidad de ver la conclusión de todo esto.

— Ya os obedezco, monseñor, dijo Dubois; pero voy á manifestaros una cosa.

— ¿ Cuál?

— Que no volveré á creer jamás en la virtud de las mujeres.

— Dubois, dijo el regente arrojándose sobre el sofá interin aquél hacia otro tanto, te digo que eres un hombre adorable; así pues déjame reír, porque sino voy á reventar.

— Á fe mía, monseñor, riámos, contestó Dubois, pero sin que nos oigan; verdaderamente decis bien, es necesario ver el fin de todo esto. Y ambos se echaron á reír lo más silenciosamente que les fué posible; después de lo cual volvieron á

colocarse en el lugar de observación que por algunos momentos habían abandonado.

La pobre Souris bostezaba hasta el extremo de desconcertarse las quijadas.

— ¿Sabéis, monseñor, dijo Dubois, que el príncipe Luis no manifiesta estar muy aturrido?

— Esto quiere decir, que se podría creer que no ha bebido.

— ¿Y esas botellas vacías, calculáis que puedan haberse desocupado por sí solas?

— Es cierto; mas sin embargo, el hidalgo está muy formal.

— Tened un poco de paciencia; aguardad, que ya se anima; oid, que va á hablar.

En efecto, el joven duque, levantándose del sitial, rechazó con la mano la botella que le alargaba la Souris, y le dijo en tono sentencioso:

— He querido ver por mi mismo lo que llaman una orgia, y después de considerarla bajo todas sus fases, soy de parecer que es un espectáculo muy poco satisfactorio. Cierta sabio ha dicho perfectamente: *Ebrietas omne vitium deliquit.*

— ¿Qué diablos dice? repuso el regente.

— ¡Malo, malo! esto no me gusta, murmuró Dubois.

— ¡Cómo! caballero, exclamó la compañera del joven duque con una sonrisa, en la cual ostentó una fila de dientes que podían competir con las

más preciosas perlas; ¡cómo! ¿no sois aficionado á cenar?

— No me gusta comer ni beber, respondió el príncipe Luis, cuando no tengo hambre ni sed.

— ¡Estúpido! murmuró el regente, volviéndose á Dubois que se mordía los labios.

El compañero del príncipe Luis se echó á reir, y le dijo:

— Creo, no obstante, que haréis una excepción con respecto á nuestras hechiceras convidadas.

— ¿Qué queréis decir, caballero?

— ¡Hola, hola! parece que se incomoda; ¡bueno!

— ¡Bueno! repitió Dubois.

— Quiero decir, respondió el caballero de M^{...}, que no haréis la ofensa á estas damas de demostrarlas el poco deseo que tenéis de estar á su lado, marchándoos de ese modo.

— Va haciéndose ya tarde, caballero.

— ¡Bah! todavía no son las doce.

— Además, añadió el duque buscando una excusa, además... tengo cierto compromiso.... que no me permite...

Las damas soltaron una ruidosa carcajada.

— ¡Qué imbécil! balbuceó Dubois.

— ¡Cómo! exclamó el regente.

— ¡Ah! tenéis razón, estaba distraído; os suplico que me dispenséis.

—¿Sabéis qué digo, amigo mío? que sois un espantoso provinciano.

—¡Qué es esto! repuso el regente; ¿cómo ese joven se atreve á hablar de semejaute manera á un príncipe de la sangre?

— He considerado prudente ocultarle quién es; por lo tanto lo cree un simple caballero; además le he prevenido que lo incite.

— Perdonad, caballero, añadió el joven príncipe; me ha parecido que me dirigiais la palabra, y como esta señorita me hablaba al mismo tiempo, no he entendido lo que me estabais diciendo.

—¿Y queréis que repita lo que os he dicho? respondió el caballero irónicamente.

— Os lo agradeceré infinito.

— ¡Pues bien! decía que sois un espantoso provinciano.

— En lo cual tengo la mayor satisfacción, si esto me distingue de ciertos parisienses á quienes conozco, contestó el príncipe Luis.

— Vamos, vamos; no me ha disgustado la respuesta.

— Psh... murmuró Dubois.

— Caballero, si decis esto por mí, os contestaré que sois muy poco cortés, lo que nada importaría si se tratase solo de mi persona; pero de ningún modo es excusable semejante falta á presencia de estas señoritas.

— Tu provocador se adelanta demasiado, dijo

el regente inquieto, y estoy viendo que de repente se van á ir á las manos.

— No tengáis cuidado; ya los detendremos, replicó Dubois.

El príncipe Luis no manifestó la más leve señal de disgusto; pero dando la vuelta al rededor de la mesa, se acercó á su compañero de orgia, y le habló en voz baja.

—¿Lo ves? dijo el regente conmovido á Dubois; preparémonos, abate; ¡qué diablo! no quiero que me lo maten.

Mas lo que Luis se contentó con decir al caballero de M^{...} fué lo siguiente:

— Sed franco, caballero, y decidme, ¿es cierto que esto os sirve de diversión? Pues por lo que á mí hace, os aseguro que me fastidia en extremo. Si estuviésemos solos, os hablaria de una cuestión importante que me ocupa en este momento, referente al capítulo sexto de las *Confesiones de san Agustín*.

— ¡Cómo! caballero, dijo aquél verdaderamente asombrado, ¿gastáis ahora el tiempo ocupándoos en cosas de religión? es muy pronto todavía, y me parece...

— Caballero, replicó en tono doctoral el príncipe Luis, nunca es demasiado pronto para pensar uno en su salvación.

El regente lanzó un profundo suspiro; Dubois se rascó la punta de la nariz.